

ALFAGUARA



Agustín Fernández Mallo

El hacedor (de Borges), *Remake*

Prólogo

A Jorge Luis Borges

Los rumores de la plaza quedan atrás y entro en la Biblioteca. De una manera casi física siento la gravitación de los libros, el ámbito sereno de un orden, el tiempo disecado y conservado mágicamente. A izquierda y a derecha, absortos en su lúcido sueño, se perfilan los rostros momentáneos de los lectores a la luz de *lámparas estudio-sas*, como en la hipálage de Milton. Recuerdo haber recordado ya esa figura, en este lugar, y después aquellos pájaros de Benet que también definen por el contorno: *Es cierto, el viajero que saliendo de Región pretende llegar a su sierra siguiendo el antiguo camino real —porque el moderno dejó de serlo— se ve obligado a atravesar un pequeño y elevado desierto que parece interminable*, y después aquel poema que suspende el sentido y maneja y supera el mismo artificio:

*No quedaba nadie sobre la faz de la tierra
y de repente,
llamaron a la puerta.*

Estas reflexiones me dejan en la puerta de su despacho. Entro; cambiamos unas cuantas cordiales y convencionales palabras, y le doy este libro. Si no me engaño, usted no me malquería, Borges, y le hubiera gustado que le gustara algún trabajo mío. Ello no ocurrió nunca, pero esta vez usted vuelve las páginas, y lee con aprobación algún verso, acaso porque en él ha reconocido su propia voz, acaso porque la práctica deficiente le importa menos que la sana teoría.

En este punto se deshace mi sueño, como el agua en el agua. La vasta Biblioteca que me rodea está en mi apartamento, no en la calle México, y usted, Borges, se murió a mediados de los años 80 del siglo 20, el mismo día en que yo tiraba a una hoguera [negra y blanca] mi primer disco de Joy Division [blanco y negro], y pocos días después de que Juan Pablo II publicara su encíclica *Dominum et Vivificantem*. Mi vanidad y mi nostalgia han armado una escena imposible. Así será, me digo, pero mañana yo también habré muerto y se confundirán nuestros tiempos, y la cronología se perderá en un orbe de símbolos premodernos y de algún modo será justo afirmar que yo le he traído este libro y que usted lo ha aceptado.

AFM

Isla de Mallorca, 20 de diciembre de 2004

El hacedor

30 km al oeste de Ginebra, frontera franco-suiza, a un centenar de metros bajo tierra, se halla el acelerador de partículas LHC, la máquina más grande jamás construida, integrada en el CERN, Organización Europea para la Investigación Nuclear, catedral para los científicos de lo subatómico. Un anillo de 27 km de circunferencia, auxiliado en su parte exterior por multitud de galerías de hormigón, despachos, salas de descanso, depósitos, ascensores y comedores, de tal manera que el conjunto configura un compacto y acéntrico laberinto, conceptualmente barroco. Las dimensiones son de tal envergadura que fue ahí donde se inventó la *world wide web [www]* a fin de poder comunicarse entre sí los cientos de personas que lo habitan. La noche es despejada, los satélites enfocan y es posible ver desde el cielo las luces que dibujan el gran círculo en la superficie terrestre. Bajo ellas, en el interior del anillo, chorros de partículas subatómicas, aceleradas a velocidades próximas a la de la luz, son guiadas en sentidos opuestos por imanes que las hacen colisionar en un punto, y entonces multitud de detectores registran esos choques, accidentes de los que emergen otras partículas, las que se hallaban ocultas, las que nos dan una idea de cómo era el Universo hace miles de millones de años, en el Big Bang [Universo antes de que ni siquiera hubiera Universo]. Los detectores del CERN dan fe de todo eso, sí, pero la dan de la misma manera que un ingenuo pintor del siglo 18 con intenciones retratistas daba fe de un rostro o paisaje, imperfecto y figurado: el arquetípico sueño de construir la Realidad. Porque lo ocurrido se ha desvanecido para siempre, y cada

vez que una persona muere no sólo mueren su futuro y su pasado datado en el álbum fotográfico familiar, sino también todo lo que algún día contempló y retuvo breves segundos en la retina sin que la memoria consiguiera registrarlo. Cuando dos chorros de protones colisionan para viajar al origen del tiempo y brillar allí una décima de segundo antes de regresar a morir al sumidero del presente, lo que muere es aquella visión de un tiempo que sólo esos protones han contemplado, un tiempo violento, solitario, lineal y moralmente neutro, que ni las máquinas ni los hombres jamás llegaremos a conocer. Brilla así en esa máquina la primera saliva del Tiempo, como lo hace una moneda bajo la lluvia ácida, o la noche cuando distribuye el azar [tú vienes con un traje de flores, yo estoy tumbado en un jardín, saltas una tapia, y después otra tapia, y una sucesión de tapias que tienen la misma altura —lo que es extraño, ya que en los sueños no hay dos obstáculos iguales—, y me dices al oído: *¿hiciste ya la luz?*].

Dreamtigers

Habiendo consignado San Agustín que el mal supera al bien no sólo en número sino en eternidad, un muchacho español abandona el bachillerato movido por un plan que, tal como le sobrevino [en la duermevela de una noche de fin de verano que incluía grillos y un viento de 24° C], le pareció definitivo en cuanto a refutación del argumento agustiniano: repartir notas de rupturas de pareja. «En efecto —razonó—, ya que en cada separación existen en la misma medida el mal [para el despreciado] y el bien [para quien se siente liberado], una nota de ruptura constata la existencia de esas dos orillas, equilibra el fiel de la balanza, arroja una suma final igual a 0». No tardó en hacerse con una motocicleta roja, que pintó de negro, a la que unió en su parte trasera una maleta de pequeñas dimensiones. Le puso una pegatina en la cacha derecha que decía *Lo Mejor Para Tu Motor*. Lo siguiente fue abrir una página web: www.rupturasadomicilio.com, y detallar tarifas de precios de acuerdo con la dificultad, riesgo implícito y probable drama del encargo. Algunos ejemplos:

5 euros: ruptura de pareja de menos de 3 meses de duración.

6 euros: ruptura de pareja de entre 3 meses y 1 año de duración.

8 euros: ruptura de pareja de entre 1 año y 2 años de duración,

y así en progresión ascendente hasta parejas de entre 8 y 10 años de duración [50 euros], tiempo que consideró

como límite estándar a partir del cual la convivencia comienza a atonarse y la ruptura se acepta de la misma manera que los Estados hipermodernos se resignan a la piratería informática, o los humanos a la lluvia y a los caballos, para comenzar entonces a descender la tarifa hasta:

5 euros: ruptura de pareja de 20 años o más de duración.

Realiza entonces un mailing masivo. Recibe un aluvión de encargos. Previo pago, vuela el Vespino de un punto a otro de la ciudad, de domicilios a habitaciones de hotel, de cafeterías a penumbras en cines, de centros comerciales a oficinas y restaurantes, llevando notas manuscritas que debe leer ante los destinatarios. Ejemplos: «eres un cabrón, te dejo». «Te quise, pero esto ya no tiene sentido.» «Os he pillado. Adiós.» «Lo siento, me he enamorado de otro.» La reacción habitual de los destinatarios era de estupefacción, pero también vio llantos de hombres en tanga, indolencia en quinceañeros de parque, festejos de mujeres cuyas bragas eran más interesantes que el cuerpo que yacía al fondo de la habitación, iluminado por el parpadeo de un televisor. Zapatos, vasos, botellas y sillas le fueron lanzados mientras [nunca fue un valiente] salía corriendo. El Vespino, lo más cerca posible, siempre al ralentí.

Tras varios meses refutando a San Agustín, una mujer, desaliñada y hermosa, a la que más tarde le echaría unos 45 años pero que en aquel momento no era más que una efigie, reservada y gris como un archivo, le cita en el primer piso de una calle cuyos detalles no interesan, y allí, en el salón, le entrega un sobre cerrado y un destino. El muchacho se interna en los barrios del este, pasa las últimas casas de la ciudad, las vías del AVE, huertos atendidos por jubilados, y llega a unos bloques de nueva construcción con

numerosos pisos deshabitados [sólo la unión de un centro comercial vacío y aquella *Lluvia amarilla* que describió un tal Julio Llamazares emularían tal escenario]. Llovizna, patina al frenar ante el bloque n.º 27. Pulsa el timbre del 5º derecha y, tras pocos segundos, se oye el zumbido del portero automático. Atraviesa un portal de paredes desnudas, entra en el ascensor, que se mueve con lentitud elefantiásica, y nota enseguida un tirón hacia la derecha, una leve y constante aceleración en esa dirección y sentido. No tarda en percatarse de que el elevador no asciende, sino que se mueve horizontalmente. Tras un trayecto de poco más de 1 minuto, se detiene, se abren las puertas correderas y empuja la batiente. Un descansillo. Dos felpudos, uno de Ikea y otro que representa frutas del bosque, reposan al pie de 2 puertas de madera, chapeadas en pino; pulsa el timbre de la primera. Unos pasos de Adidas Campus se acercan. Quien abre es un muchacho, menudo, de baja estatura, como chino, quien no se sorprende pero parece que esperara otra cosa [eso a veces ocurre]. Su cara es normal, estándar, igual a las de otros chinos, las caras de los chinos son la representación de una única ecuación universal, que en su simplicidad todo lo explica, piensa el mensajero mientras extrae el sobre de la cartera y lo rasga.

Despliega la nota, lee en voz alta:

En la infancia yo adoré al tigre, no al tigre de la Paramount ni al del inmóvil truco de Sandokán, sino el tigre rayado, asiático, real, que sólo pueden afrontar los hombres de guerra sobre un castillo o encima de un elefante. Yo solía observar sin fin las jaulas del Zoológico; yo apreciaba las enciclopedias y los libros de historia natural por el esplendor de sus tigres. [Todavía me acuerdo de esas figuras, yo, que no puedo recordar sin error la frente o la sonrisa de una mujer.] Pasó la infancia, caducaron los tigres y su pasión, pero todavía están en mis sueños. En esa

antimateria sumergida o caótica siguen prevaleciendo y, así, dormido, me distrae un sueño cualquiera y de pronto sé que es un sueño. Suelo pensar entonces: Éste es un sueño, una pura invención de mi voluntad, y ya que tengo un ilimitado poder, voy a generar un tigre.

Pero nunca mis sueños saben engendrar la apetecida fiera. Aparece el tigre, eso sí, pero disecado o endeble, o con impuras variaciones de forma, o de un tamaño inadmisiblemente, o harto fugaz, o tirando a perro o a pájaro.

El mensajero guarda un silencio, cien veces estudiado, que anuncia el fin del mensaje. Mete la nota en el sobre y se lo entrega al chino, quien lo coge sin mirarle las manos porque ya sólo se miran a los ojos, no pueden parar de mirarse a los ojos [no sabrán quién de los dos dio un paso al frente] antes de unirse en un abrazo y besarse con una intensidad desconocida para ambos.